

EJE III FORMACIÓN VICENTINA

TEMA 11 RETOS DEL VICENTINO



“Los retos que enfrentamos en la vida se pueden comparar con una alta montaña, que se levanta ante un alpinista. Para alguien que no se ha entrenado apropiadamente, cuyos músculos y reflejos son débiles y lentos, cada pulgada de la escalada estará llena de terror y dolor. Sin embargo, la misma escalada será un viaje emocionante para alguien que esté preparado, cuyas piernas y brazos hayan sido fortalecidos por el constante entrenamiento. Con cada paso que dé hacia delante y hacia arriba, aparecerán bellos y nuevos paisajes”.

** Los retos de la vida se superan con orden, voluntad y perseverancia.*

La vida está llena de retos, eso nos motiva.

El primer reto del cristiano vicentino **es: vivir fiel a Jesús**, al compromiso que recibió en el bautismo, a saber vivir esta fidelidad en medio de este mundo tal cual es y formar comunidad de discípulos misioneros para que en Él nuestros pueblos tengan vida plena.

Como Vicentinos debemos estar a la escucha de tantos que, aunque confusos y confundidos, anhelan la luz y piden: *“Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed”* (Juan. 4, 15). Esto nos exige la responsabilidad de **formarnos como instrumentos aptos** para pensar, vivir y contagiar mejor la fe.

Desde nuestra fundación los vicentinos nos hemos propuesto continuar haciendo realidad el sueño de Federico Ozanam “Encerrar el mundo en una red de caridad” haciendo realidad en el mundo el espíritu evangélico de la caridad. Este espíritu de caridad está ligado al amor, a la solidaridad, a la escucha atenta al clamor de los pobres, está ligado a la lucha contra la injusticia y a la defensa de sus derechos.

A lo que estamos llamados hoy es a **renovar la forma de ejercer el apostolado** de la caridad a través de la búsqueda de nuevos caminos adaptados a las realidades y desafíos que nos plantea el mundo actual. Es un camino largo y jamás acabado, lo cual requiere un proceso permanente de reflexión, análisis, diálogo y acción, siempre fieles a las enseñanzas de nuestros fundadores y viviendo como María la solidaridad con los pobres en hechos concretos.

La evolución de nuestro apostolado está en relación directa del proceso seguido, tanto por quienes se comprometen a ejercer la caridad, como de los

destinatarios, es decir de los más abandonados, nuestros amos y señores. Los pobres de hoy, no son los mismos pobres de ayer. Debemos escucharlos con gran disponibilidad y atención para comprender sus necesidades, sus demandas, sus exigencias y responder a la compleja situación de la pobreza, que a pesar de los esfuerzos de muchos, sigue aumentando día con día.

Federico decía: **“doy gracias a Dios por hacerme nacer en un mundo donde hay tanto por hacer”**. Este es otro reto que enfrentamos los vicentinos: Segundo reto vicentino es Aceptar que fuimos llamados por Dios para transformar el mundo en que vivimos, que Jesús confía en nosotros y nos toca responder con fidelidad y comprometernos en serio para transformar la sociedad y las situaciones de pobreza aquí y ahora.

Y la mejor manera de transformarlo es: pasar de la asistencia a la promoción, la autopromoción y la participación de los más necesitados mediante proyectos que los involucren de lleno en su propio auto realización. La actual situación nos exige ahora dar otro paso y comprometernos en un proceso de corresponsabilidad social, porque lo consideramos una forma privilegiada para contribuir a la realización de un mundo verdadera paz que no podrá existir mientras haya hombres y mujeres que mueren de hambre, que no tienen oportunidades, que viven hundidos en la desesperación.

Ser corresponsables, de hecho, significa ser parte en forma consciente de una comunidad, participando de su vida, y sintiéndonos llamados a cumplir con nuestro papel, nuestra misión. La comunidad en que vivimos es la viña evangélica donde el Señor nos llama a trabajar junto con los demás para que nuestros talentos fructifiquen en beneficio de todos.

Este reto es verdaderamente actual para nosotros los vicentinos: es un llamamiento muy fuerte a nuestro papel y nuestra responsabilidad, del nivel personal hasta el nivel social.

Vivir la corresponsabilidad a nivel personal significa que cada uno de nosotros debe estar dispuesto y preparado para comprometerse personalmente a tomar parte activa en las iniciativas y estrategias que se proponen aumentar la solidaridad, reconstruir los lazos sociales, construir la paz. Esto significa que cada uno de nosotros decide renunciar a las actitudes de indiferencia, apatía, falta de interés y aquella sensación



de no estar a la altura de la situación, que es la que nos hace decir “no lo sé hacer” frente a cada propuesta nueva. Es solamente partiendo de uno mismo, y de la conciencia de que la contribución personal es indispensable, que los vicentinos pueden formarse y prepararse para comprender y vivir en sus ramas la corresponsabilidad a la que somos llamados en cuanto cristianos y vicentinos, convencidos de que el servicio a los pobres no puede ser eficaz si no va acompañado por el compromiso de todos por el bien común, la justicia y la paz. Por eso es muy importante aprender a salir de nuestro pequeño entorno, a abrirnos al mundo, tener contactos, confrontarnos: si no lo hacemos,

trabajaremos, sí, con los pobres, pero no haremos nada contra las pobreza y sus causas.

Es aquí donde debemos **evaluar nuestra forma de ser voluntarios y la eficacia de nuestro servicio.**

La necesidad de evaluar nuestras acciones nace directamente de nuestro sentido de corresponsabilidad con respecto a los pobres: ellos tienen el derecho de recibir un servicio eficaz, nosotros tenemos el deber de realizarlo de la mejor manera posible y de averiguar continuamente qué responde cada vez más a las necesidades actuales.

La evaluación, especialmente la **evaluación cualitativa**, es decir la que examina la calidad de nuestro servicio, es indispensable para que cualquier proyecto y acción del voluntariado avance y progrese.

Se refiere al significado de lo que hacemos, a nuestra conducta interior, al progresar de nuestras competencias. Nos exige evaluar el resultado de nuestra actividad a la luz de un sistema de valores.

Sirve para evaluar si los objetivos que nos habíamos propuesto siguen siendo válidos, si se necesitan ajustes para responder mejor a la situación. Nos invita a preguntarnos cuáles han sido las consecuencias de nuestras acciones, si han tenido efectos positivos y hasta qué punto, si tenemos que seguir actuando de esta manera o si se debe modificar algo. Nos pide también tratar de planificar las formas más adecuadas para alcanzar la meta y por lo tanto definir las estrategias.

Queda sin embargo otro aspecto de la evaluación muy importante, relacionado con nuestro sentido de corresponsabilidad con respeto a los pobres, y es: la evaluación de **nuestra relación personal con los más abandonados**, con las familias que son privilegiadas por su apostolado de caridad.

Ese tipo de servicio no nos exige que trabajemos para alguien, sino que estemos con alguien, que recorramos juntos un tramo del camino. Esta actitud exige un trabajo continuo consigo mismos y una averiguación frecuente de nuestra relación personal con los demás, sean ellos individuos o familias, para que logremos realizar **un acompañamiento liberador**, que les permita crecer, tener la libertad de expresar las propias ideas y tomar las decisiones sobre su propia vida partiendo de sus propios recursos y proponiendo sus propias soluciones.

El vicentino debe **asumir una responsabilidad con la familia** ya que tiene una energía extraordinaria debido al amor que vive en ella. Es importante valorar su rol, ayudar las familias a comprender que son un recurso importante para transformar y evangelizar el mundo. Hay que apoyarlas y acompañarlas para que logren superar las crisis que la familia vive al día de hoy.



El vicentino debe **favorecer entre los pobres una presencia respetuosa**, amable y significativa que eleve su dignidad y promueva su condición humana y cristiana; el mismo San Vicente nos indica que una característica del servicio vicentino está en la calidad humana y espiritual de la relación que se establece entre los voluntarios y las personas y las familias que acompañamos. Por eso es tan necesario cuidar mucho nuestra actitud en la relación con los pobres y formarse y prepararse para que sea liberadora. Una relación de ese tipo hay que aprenderla a través de la formación, de la escucha, de la evaluación, de la comprensión profunda de las actitudes de nuestros modelos; Jesús, San Vicente, Santa Luisa, Federico y María que es una fuerza inspiradora de nuestro compromiso con los pobres.

Para alcanzar todo ello se necesitan una gran determinación y un gran entusiasmo, además de una fuerte esperanza, sin embargo, lo más necesario es no tener miedo de dar la cara en favor de los pobres, de comprometerse en las acciones de presión y de denuncia que sean necesarias, recordando siempre que Jesús vino también para ayudarnos a vencer nuestros miedos. Si tenemos miedo no podemos amar de verdad.

Ser hoy vicentinos significa:

- desarrollar un papel anticipatorio: no limitarse a prestar servicio, sino tener la valentía de innovar, de ir más allá.
- cumplir una misión profética: leer el presente a la luz de la Palabra de Dios y trabajar para que la profecía llegue a ser historia.
- Desarrollar una política activa de esperanza en nuestro tiempo de egoísmo
- Trabajar por una utopía que no sea un sueño sino un proyecto. Sabemos que la utopía es lejana pero sabemos también que podemos dar cada día un paso, aunque muy pequeño, que nos acerque a su realización.



REFLEXIÓN

1. ¿Cómo es tu relación personal con los más necesitados?

2. Escoge un reto que te haya llamado la atención y explica cómo lo puedes enfrentar

3. Para ti ¿qué es acompañamiento liberador?

4. Explica esta frase de Federico Ozanam: **“Doy gracias a Dios por hacerme nacer en un mundo donde hay tanto por hacer”**.
¿Qué significa en tu vida vicentina?
